

en los dogmas fundamentales, no es necesariamente una en todas sus creencias. Dios mismo ha revelado sus designios sobre la humanidad, organizando el universo sobre el plan de una variedad infinita; de la misma manera el género humano debe distribuirse en grupos diversos, pero armonizados por una ley general (1). Bajo este punto de vista, el cristianismo estaba tan léjos de la verdad como el paganismo. La pretension que tenía de someter á todas las naciones á una sola y misma ley, era contraria á la naturaleza de las cosas. Así es que ha fracasado en una obra imposible. ¡Cosa notable! La misma raza que protestó, por el órgano de sus últimos pensadores, contra la ambicion absorbente del cristianismo, rompió tambien la unidad cristiana; el cisma griego es la manifestacion del espíritu de nacionalidad en el dominio de la religion. Hay todavía otro hecho, igualmente importante, que revela esta misma necesidad de diversidad. El cristianismo no ha pasado apénas de los pueblos de raza latina ó germánica. Cuando los Jesuitas trataron de convertir el Oriente, tuvieron que hacerse Indios ó Chinos, con gran escándalo de Roma, guardadora de la unidad inmutable de la Iglesia. La experiencia nos parece decisiva. Es menester que la religion del porvenir deje un lugar al elemento de la diversidad nacional.

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. III, p. 199.—REYNAUD, en la *Enciclopedia Nueva*, t. IV, p. 673.

LIBRO TERCERO.

LITERATURA.

CAPÍTULO I.

CONSIDERACIONES GENERALES.

Roma y la Grecia.

De todas las literaturas antiguas y modernas, la de Roma es la que ha tenido una accion más extensa y duradera. La lengua latina extendió la civilizacion greco-romana por la mayor parte de Europa y facilitó la predicacion del Evangelio. Cuando Roma cayó bajo los golpes de los Bárbaros, la lengua de los vencidos, léjos de desaparecer, extendió su imperio (1). Los vencedores se sirvieron de ella para escribir sus leyes; la Iglesia la adoptó para las ceremonias del culto; los misioneros, conquistadores pacíficos, la llevaron á mundos cuya existencia ignoraban los Romanos; las naciones y los individuos la emplearon para redactar los documen-

(1) BODIN dice que la soberanía de Roma parece perpetuarse por la dominacion de su lengua: «Es una verdadera señal de soberanía el obligar á los súbditos á cambiar de lengua; lo cual han ejecutado los Romanos mejor que ningun príncipe ó pueblo que hubo jamas: de manera que parece que todavía dominan en la mayor parte de Europa.»

los públicos y privados; los teólogos, los cronistas, los filósofos y los poetas pensaron y escribieron en la lengua de Roma. Aun cuando se formaron nuevos idiomas, por la mezcla de los pueblos, la dominación de la lengua latina subsistió sin rival; durante siglos fué el lazo intelectual del mundo científico; aún hoy preside á nuestra educación.

La literatura latina ha sido, pues, uno de los instrumentos más poderosos de civilización. Sin embargo, cosa extraña, pocos pueblos parecían tan mal dotados para las artes como los Romanos. Nacidos en la guerra, pasaban en ella su vida. Virgilio ha descrito en hermosos versos su misión providencial: «Otros harán respirar al bronce y al mármol mejor que nosotros; defenderán mejor las causas, describirán mejor las revoluciones del cielo. Tú, romano, piensa en regir á las naciones, éstas son tus artes.» Sin embargo, los conquistadores acabaron por entregarse á los trabajos de la paz, y su literatura dió la vuelta al mundo con las legiones. ¿Qué benéfica influencia ha suavizado y extendido el espíritu rudo y estrecho del pueblo romano? ¿Qué hada ha tocado con su vara á aquella raza de guerreros y la ha metamorfoseado? El genio de la Grecia.

Los Griegos enviaron colonias á la península itálica largo tiempo antes que fuese edificada Roma. Sabida es la fabulosa prosperidad de sus colonos; fundaron en el mediodía de la Italia una nueva Grecia: Sin embargo, no llegaron á someter la Italia; no fueron más que los misioneros del helenismo. El elemento latino tenía demasiada vida para ser absorbido y tenía una gran misión que cumplir; pero la influencia extranjera sirvió para desarrollarlo. Los Griegos comunicaron su civilización á las poblaciones, relativamente bárbaras, de la Italia; helenizaron la Campania y la Apulia; dieron su alfabeto á los latinos, y con él los primeros elementos de la cultura intelectual. La poesía, la música, los juegos de la Grecia encontraron acceso en el Lacio. Los cultos de los Helenos penetraron desde muy al principio en Roma. Tarquino el Soberbio y después de él el Senado, consultaron al Oráculo de Delfos; en el siglo tercero se erigieron templos en la Ciudad Eterna á las divinidades griegas. No hay nada, inclusa la constitución política de Roma, que no sufriese la influencia del genio helénico.

La legislación de Servio Tulio, que juega tan gran papel en la historia de la República, se fundaba sobre los mismos principios que la reforma de las ciudades de la Gran Grecia; aún la palabra que designa las diversas clases es idéntica. Más tarde, si hemos de dar crédito á una tradición que se ha hecho mal en combatir, se enviaron diputados á Atenas para que trajeran el texto de las célebres leyes de Solon (1). La influencia de la Grecia aumentó cuando las legiones hicieron la conquista de la Campania. Entonces puede decirse lo que Cicerón dice de la época de los Tarquinos, que la civilización griega penetró á grandes oleadas en Roma. Nada lo prueba mejor que la acción que ejerció sobre la vida diaria é íntima del pueblo rey. Los Romanos, tan orgullosos y tan hostiles para con el extranjero, tomaron sobrenombres griegos; adoptaron la costumbre de comer reclinados. Roma concedió en cierto modo derecho de ciudadanía al genio de la Grecia, elevando estatuas en pleno *forum* al más sabio y al más valiente de los Helenos, á Pitágoras y á Alcibiades. El conocimiento del griego se extendió en la aristocracia romana: desde entonces fué la lengua de la diplomacia, así como también de las artes. Las mismas clases inferiores comprendían el lenguaje armonioso de la Grecia: la prueba la tenemos en el teatro de Plauto, que se dirigía á las masas, y en el cual hay á cada instante palabras griegas. Esta extensión maravillosa se explica por el prodigioso número de esclavos que afluían á Roma y que pertenecían en gran parte á la Grecia y al Oriente helenizado. La nobleza aún fué más léjos; desdénando el idioma inculto del Lacio escribió en la lengua de los Helenos; esto era como el reconocimiento de la superioridad intelectual de la Grecia (2).

Hemos encontrado en medio de la lucha terrible de Roma con Aníbal dos hombres célebres por su humanidad: Escipión y Marcelo, representantes de la nueva generación, no eran Romanos más que á medias. Escipión se había desprendido de tal modo del espíritu estrecho de su patria, que sus enemigos le censuraron vivamente por ello: «Vivía como un extranjero, decía Fabio, como

(1) MOMMSEN, *Römische Geschichte*, t. I, p. 87, 122, 208 y 211.

(2) *IBID.*, t. I, p. 424 y 856.

un rey; paseábase con manto y sandalias en el gimnasio; su tiempo se compartía entre los libros y la palestra» (1). El grande hombre no se dejó separar de su camino por estas mezquinas acusaciones; comprendía en sus pensamientos, dice *Tito Livio*, no solamente los intereses de la República, sino también los del género humano (2). Marcelo reasumía en cierto modo en sí la Roma antigua y la Roma moderna. Guerrero, antes que todo, amaba, sin embargo, con pasión las letras griegas; los trabajos militares le impidieron dedicarse á ellas; pero se sentía lleno de admiración hacia los que se distinguían en ellas. Los azares de la guerra hicieron de Marcelo un agente de la civilización helénica. Al dejar á Sicilia se llevó de Siracusa lo más bello que allí existía, tanto en cuadros como en estatuas para hacerlas servir de decoración en Roma. Fué esto como la revelación de un nuevo mundo para los Romanos. «Hasta entonces la ciudad de Rómulo, llena de las armas conquistadas á los Bárbaros, coronada de monumentos y de los trofeos de sus triunfos, se parecía al domicilio del dios de la guerra.» Los partidarios de Fabio no dejaron de censurar al vencedor de Siracusa «por haber alterado las costumbres del pueblo, por haberle conducido á la ociosidad, por haberle hecho charlatan, que hablaba sin cesar de las artes y que perdía el tiempo en estos inútiles pasatiempos.» Marcelo tuvo á gala estas imputaciones: «Se vanagloriaba de haber sido el primero en enseñar á los Romanos á estimar, á admirar las obras maestras de la Grecia» (3).

Sin embargo, la civilización griega encontró una viva oposición en Roma. La prosperidad de la República y las costumbres de los antepasados se confundían á los ojos de los antiguos Romanos; para ellos el extranjero era siempre un enemigo. Empeñóse una lucha entre los defensores de las antiguas tradiciones y los partidarios de las doctrinas extranjeras. En este combate parecían estar trocados los papeles; un plebeyo fué el representante y el campeón del pasado, y los patricios propagaron las ideas nuevas.

(1) LIV., XXIX, 19.

(2) IBID., XXVIII, 43.

(3) PLUTARCH., *Marcell.*, 21.

Del mismo modo en el siglo XVIII, la nobleza favoreció á los filósofos que iban á destruir la aristocracia y todo el edificio de la antigua sociedad.

Plutarco nos referirá el principio de aquella lucha, que fué decisiva para el porvenir intelectual de Roma. Catón era ya viejo cuando Carneades, filósofo académico, el estóico Diógenes y el peripatético Crisóstomo fueron á Roma en calidad de embajadores de Atenas. Habiendo ido á visitarlos los jóvenes Romanos amantes de las letras, quedaron admirados. Sobre todo Carneades encantaba y atraía á todos por la gracia y la fuerza de su elocuencia: decíase por todas partes «que había llegado un griego de una ciencia maravillosa que inspiraba á los jóvenes tal amor por la ciencia que, renunciando á todos los demás placeres y las demás ocupaciones, estaban poseídos de una especie de entusiasmo por la filosofía» (1).

La embajada de los filósofos griegos es, por sus incalculables consecuencias, uno de los acontecimientos más importantes de la historia de la humanidad: la Providencia quiso que la ciudad que concentraba en sí el poder intelectual de la raza helénica iniciase también á los Romanos en la vida de la inteligencia y fuese así el principio de la civilización del mundo. Catón pensaba de distinta manera; entusiasta admirador de las costumbres antiguas (2) perseguía con sus críticas á los que manifestaban su admiración por los Helenos. No había ninguno, ni aún Sócrates, á quien él no calificase de charlatan; tenía por sospechosos hasta á los Griegos que ejercían la medicina (3). El censor vió con sentimiento introducirse en Roma el amor á las letras: temía que prefiriesen los Romanos la gloria de hablar bien á la de obrar bien: predijo que cuando estuviesen nutridos de erudición extranjera perderían su poder. Catón insistió en que el Senado diese una pronta respuesta á los embajadores de Atenas: «Son, dice, hombres capaces de persuadir de todo lo que quieren; que vuelvan á sus escuelas á instruir á los hijos de los Griegos, y que los jóvenes Romanos no

(1) PLUTARCH., *Cat. Maj.*, c. 22.—BAEHE., *Gesch. der röm. Literatur*, § 328.(2) IBID., *Cat. Maj.*, c. 4.(3) PLIN., H. N., XXIX, 7.—PLUTARCH., *Cat. Maj.*, 23.—POLYB., XI, 6.

obedezcan, como ántes, más que á los magistrados y á las leyes» (1). Los filósofos fueron alejados, pero en vano: los retóricos, los gramáticos les habian precedido y les siguieron. Sin embargo, el partido del pasado estaba todavía en mayoría en el Senado; al ver que el mal iba creciendo, se decidió una medida enérgica: los filósofos y los retóricos fueron expulsados de Roma (2). Aquel senadoconsulto no contuvo el movimiento de los espíritus. Apénas habian trascurrido algunos años, cuando ya los censores se creyeron obligados á dar un nuevo edicto contra los retóricos (3).

Pero si la civilizacion griega encontró enemigos entre los Romanos, encontró tambien admiradores y sostenedores. Entre ellos se distinguió la noble familia de los Escipiones. El Africano tuvo por amigos á Polibio y al primer representante del estoicismo en Roma, á Panæcio. De todas las escuelas filosóficas, la secta de Zenon profesaba sentimientos más elevados acerca de la humanidad; separaba al hombre del suelo en que nacia para hacer de él un ciudadano del mundo. Esta doctrina ejerció una poderosa influencia sobre aquellos Romanos que cultivaban las letras griegas. Habia entónces en Roma un liberto africano que se inspiraba en las musas de la Grecia. Escipion y Lelio estaban ligados con Terencio; áun se decia que trabajaban en sus comedias. ¿Debe atribuirse á la enseñanza estóica la gloria de aquel verso famoso, recibido con aplausos por los espectadores?

« Homo sum, et humani nihil alienum á me puto. »

Plauto, órgano de los antiguos Romanos, habia dicho que «el hombre es un lobo para el hombre» (4). Los discípulos de los Griegos miraban á todos los hombres como solidarios.

La Italia estaba destinada á recibir la semilla de la civilizacion griega y á ser la maestra de los siglos futuros. En la época de los Escipiones estaban los tiempos maduros para esta iniciacion. ¿Qué

(1) PLUTARCH., *Cat. Maj.*, 22 y 23.

(2) AULO-GELIO (XV, 11) trae el texto del senadoconsulto.

(3) IBID., XV, 11.—SUFON., *De Clar. Rhet.*, c. 1.—CICER., *De Orat.*, III, 24.

(4) PLAUT., *Asinar.*, II, 4:

« Lupus est homo homini, non homo, quom, qualis sit, non novit. »

habian de poder los esfuerzos de algunos hombres contra los designios de Dios? Nada prueba mejor el irresistible progreso de las ideas que el ejemplo de Caton el Antiguo. Aquel representante del pasado, aquel menospreciador de la filosofía acabó por sufrir la influencia de la Grecia. En su tratado de la *Vejez* Ciceron le ha hecho decir: «Solon se vanagloria en sus versos de envejecer aprendiendo todos los dias algo nuevo; así he hecho yo, que últimamente he aprendido las letras griegas. Me he dedicado á ellas con tanto celo como un hombre que desea apagar una sed ardiente.... Cuando oí que Sócrates se ejercitaba en tocar la lira, á la verdad hubiera querido imitarle y con él á todos los antiguos; por lo ménos nada he perdonado para instruirme en sus escritos» (1). Lo mismo sucedió con Licinio Craso, aquel censor severo que proscribió á los retóricos latinos. Se entregó por completo á las letras griegas; no le quedó por conocer ninguna doctrina filosófica. Así es que creyó Ciceron deber poner en su boca una especie de retractacion del decreto que él mismo habia dado contra los maestros extranjeros (2). Cuando los Catones y los Crasos ceden al torrente, puede considerarse como terminada la lucha entre la antigua Roma y la civilizacion griega. Quedan ciertamente todavía los Fabios que miran tristemente al pasado, pero su número disminuye de dia en dia y su oposicion es impotente.

La educacion, ese enérgico instrumento de civilizacion, estuvo bien pronto por completo en manos de los Griegos. Ya en tiempos de Caton una gran parte de la nobleza tenía entre sus esclavos poetas y gramáticos, que eran los preceptores de los hijos y muchas veces los del padre (3). Bien pronto se generalizó esta costumbre. Las letras griegas acabaron por alcanzar el triunfo más brillante conquistando aún á aquellos hombres á quien la naturaleza de su genio hacia volver los ojos á lo pasado. Áun combatiendo las costumbres de su tiempo, Caton de Utica se entregó con ardor á la filosofía. Plutarco refiere un rasgo de su vida, que caracteriza, no sólo á Caton, sino á toda una época. Atenodoro,

(1) CICER., *De Sen.*, 8.—C. PLUTARCH., *Cat. Maj.*, c. 3.—CORN. NEP., *Cit.*, c. 3.

(2) IBID., *De Orat.*, III, 24; II, 1; III, 22 y 23.

(3) MICHELET, *Historia romana*, II, 6.

filósofo estóico, vivía retirado en Pérgamo; se había negado constantemente á las pretensiones de los generales que lo habían querido llevar con ellos. Caton llegó á triunfar de sus negativas: « Lo llevó á su campamento loco de alegría y muy satisfecho de una conquista que apreciaba mucho más que las más brillantes empresas de Pompeyo y de Lúculo, que subyugaban por la fuerza de las armas los reinos del Asia » (1).

La alianza intelectual de los dos pueblos quedó consumada. Roma proclamó por boca de su gran orador que debía su civilización á la Grecia (2). Horacio pudo decir con verdad que los Griegos habían vencido á los vencedores del mundo. ¿Cuál fué el resultado de la victoria? ¿Hízose Roma completamente griega? El pueblo que recibe una civilización extranjera no es un sér pasivo, tiene su misión, y aún cuando sufra la influencia de una nación más civilizada, conserva siempre su carácter individual. Esto sucedió á los Romanos. El genio griego y el genio latino concurren para producir la civilización romana. Roma, conquistada por las letras y las artes de la Grecia, mezcló á la cultura de sus vencedores un elemento que le es propio. Herder hace notar que la palabra *humanidad* se encuentra por primera vez entre los Romanos, que los Griegos no la tenían (3). La lengua latina es la que nos ha suministrado esta bella expresión de *humanidades*, con la cual designamos el estudio de las letras para indicar que el fin de la ciencia es humanizar á los hombres. ¿Cómo es que Roma tuvo hasta en su lenguaje un espíritu de universalidad de que carecía Grecia, su preceptora? Este cosmopolitismo nació de la conquista.

Floro dice en el prólogo de su historia: « El pueblo romano ha llevado sus armas tan léjos, que leyendo sus anales no es solamen-

(1) PLUTARCH., *Cat. Min.*, 18.

(2) CICER., *Ad Quint.*, I, 1, c. 8. El orador escribió á su hermano Quinto, nombrado para el gobierno de una provincia griega: « Si, los resultados que he podido alcanzar los debo al estudio que he hecho de la Grecia, en sus tradiciones y monumentos de su genio. Así, pues, independientemente de las obligaciones que nos impone la ley común de la humanidad, tenemos una deuda especial que llenar respecto de este pueblo célebre. Puesto que han sido nuestros maestros, hagámosles gozar de las máximas de sabiduría que debemos á sus enseñanzas. »

(3) *Briefe zu Beförderung der Humanität*, núm. 25.

te la historia de un pueblo la que se aprende, sino la de la *especie humana*. » En efecto, las legiones conquistaron una gran parte de la tierra conocida de los antiguos; por primera vez fueron sinónimas las palabras universo é imperio: *orbis romanus*. Esta idea de universalidad, unida á la dominación de Roma, se encuentra en casi todos los autores latinos. Ciceron quiere celebrar el genio de Pompeyo, y dice que « sus empresas y sus virtudes abrazan la misma carrera que el sol, y no tienen más límites que los del mundo » (1). El orador proclama que Roma es « el ornamento del globo, el asilo común de las naciones » (2). Tito Livio llega hasta á comparar á los Romanos con los dioses; hace decir á los embajadores del Asia: « Al renunciar á combatir en adelante á los mortales, no os queda ya más que proteger al género humano, velar como los dioses por su tranquilidad » (3). Ciceron dice que el Senado es « el Consejo supremo, no solamente del pueblo romano, sino de todas las naciones y de todos los reyes » (4). El título de Senador, aún el de ciudadano romano, era como una carta de recomendación, una salvaguardia en todos los países (5). Considerados en todas partes como conciudadanos, debían acabar los Romanos por considerarse como ciudadanos del mundo. Esta fraternidad se realizó hasta cierto punto en tiempos del Imperio. Donde en otros tiempos no podía darse un paso sin tropezar un enemigo, no se vió ya un extranjero. Por incompleta que fuese la unidad romana, era un gran espectáculo y debió causar sobre los espíritus superiores una profunda impresión.

Así, pues, la conquista fué, por su influencia sobre las ideas, una causa de superioridad para el genio de Roma. Esto no es decir que nosotros aplaudamos el cosmopolitismo romano, como si fuese el fruto natural de una civilización avanzada; era más bien la señal y el principio de una decadencia moral. Los antiguos eran

(1) CATILIN., IV, 10. Entre los trofeos que figuraron en el triunfo de Pompeyo, había uno que llevaba esta orgullosa inscripción: *Del Universo* (Dion. Cass., XXXVII, 21).

(2) CICER., *Catil.*, IV, 6.

(3) LIV., XXXVII, 45-54.

(4) CICER., *Pro Domo*, c. 28.

(5) VERRIN, II, 4-11; II, 5-65.

demasiado exclusivos, tenían bien poco sentimiento de fraternidad para elevarse al verdadero amor de la humanidad. Después de las guerras de Alejandro, cuando ya no había Grecia independiente, fué cuando los Griegos se hicieron cosmopolitas. Cuando tuvo lugar el cosmopolitismo en Roma, la ciudad antigua se disolvió para dejar paso al Imperio, es decir, á la disolución universal de la antigüedad. Pero las tendencias cosmopolitas del pueblo rey, aún siendo un mal, eran también un bien providencial. La ciudad antigua debía caer y salir de sus ruinas una nueva civilización. Esta civilización, griega en su origen, debía tomar formas romanas y conquistar el mundo en pos de las legiones.

La extensión de la dominación de Roma dió á la literatura latina una influencia que no habían podido alcanzar las letras griegas á causa de los límites más estrechos de la Grecia. La civilización griega nació en las islas y costas del Asia Menor. Hacia el siglo VI antes de nuestra era, se extendió por la península helénica y produjo sus obras maestras en Atenas: en el IV, Alejandro la propagó por el Oriente. Acabó por reinar en el Asia, desde el Bósforo al Indo; en una parte de Africa, en Europa, en Grecia, Sicilia, Italia meridional y una zona estrecha del litoral galo é ibérico. El helenismo no traspasó estos límites; trató muchas veces de extenderse por el lado del Occidente, pero fracasó en la empresa. Las colonias de la Gran Grecia, de las Galias y de la España tenían dificultad en defender su existencia. Atenas, que soñó con la conquista del Occidente, halló su ruina en la expedición de Sicilia. Dos reyes, pertenecientes á la familia del héroe macedónico, Alejandro de Epiro y Pirro, llevaron la guerra á Italia; allí encontraron al pueblo que había nacido para vencer y regir las naciones. La Grecia sucumbió, pero su civilización, lejos de perecer alcanzó por medio de los conquistadores una influencia más vasta: invadió el mundo entero.

Sin embargo, por un singular destino, los Romanos, discípulos de los Griegos, aún sin igualar á sus maestros casi los han hecho olvidar. La literatura latina ha continuado la dominación romana. Durante muchos siglos parecía que habían desaparecido las obras maestras de la Grecia, como el pueblo que las produjo. Aún hoy nuestra educación es medio latina, y la más bella de las lenguas

ocupa siempre un lugar secundario. La historia debe tener en cuenta el mérito de las dos naciones. Los Griegos fueron el pueblo iniciador de la antigüedad, pero su espíritu de división no les permitió establecer su imperio sobre el mundo. Fué preciso que Roma imprimiese su sello al helenismo para que la civilización griega diese la vuelta al globo. La Grecia ejerció una influencia imperecedera por el intermedio de la lengua y de la civilización romanas.